El discurso

Obra seleccionada para su publicación. Comunidad Universitaria UCIIM

Jesús Pérez Caballero

Jesús Pérez Caballero nació hace veintiséis años en Gandía, un pueblo administrativo y crepuscular, un pueblo novísimo y del revés de la también crepuscular Valencia. Se licenció en Derecho como un bien mostrenco, si bien agradece la abstracción de esa carrera que es un mero espíritu del Derecho Civil. Después marchó a Madrid, donde estudia Periodismo, o un círculo y un cuadrado que dicen ser Periodismo. En la actualidad está becado en Santiago de Compostela, donde de momento cierra (y se duerme en) el crepúsculo.

Jesús Pérez Caballero dedica este relato a su hermano Víctor y a sus padres; a su amada Carmen, a los bareros del Toscar y a don Francisco Umbral.

En el momento de la explosión, pum, yo estaba tomándome cualquier cosa, era un momento en el que no estaba en mí mismo, estaba entre los círculos que hace el café en la taza , o mirando esa parte de la pared que nunca alcanzaré a comprender, la explosión vino de súbito, destrozó las paredes y los rincones, hizo volar los papeles, animalizándolos, animalizando mi piel como si el aire también se cuartease, la explosión vino abriéndose paso por los segundos, como si los segundos fueran roca endurecida, la explosión es la muerte con los dedos cenicientos a fuego.

En el momento de la explosión, el señor que puso la bomba pensaba en cómo dar de comer a su Idea, que tomaba forma de perrito triangular o de ídolo mochilero (amonal, metralla, panfletos); en el instante en que puso la mochila bomba se sabía perteneciente al futuro , y se sintió liberal, o ateo , o maoísta, o pacifista, sintió un relámpago durante el que consideró que podía no hacerlo, pero la extrañeza le hizo sucumbir, o ascender, y se fue dejando allí la bomba. El señor que puso allí la bomba pertenecía ya al futuro, a la inmensa concatenación a partir del acto causado que dice el viejísimo (enterrado, pozo de gusanos maestros) Kant, la esquina del edificio sostenía nubes de familias que hacían su vida normal o no tan normal, cuando la normalidad o la anormalidad la dicta una mochila más bien vieja y kantiana puesta en la esquina del edificio que arde entre añicos y carne, carne que palpita como si no olvida se, la carne es una descarga lívida incrustada entre cemento y metal.

Momentos después de la explosión el mundo se reduce a una cajita perdida, una cajita que es una inmensa habitación de cascotes derruidos, huecos donde hombres/gusano buscan las mano que les explicará, "tranquilo compañero", que la explosión no ha sucedido, que las pesadillas aunque truenen no son pesadillas, que no era a ti esta vez y que esto no puede pasarme a mí porque yo no hice nada y las cosas de este tipo no deberían salir de los marcos/cárcel, marco/cárcel televisivo, periodístico o imaginativo, yo no quiero buscar una mano consoladora ni apartar a dentelladas los cascotes, yonotengoimaginaciónparaasumirque un señor que estaba en el limbo cuando yo iba el primer día al colegio ha puesto una mochila bomba tres metros debajo de mi balcón obligándome a buscar la mano de mi hija.

"Hace frío", piensa la hija muerta, la hija muerta no ha tenido tiempo de conjeturar si la muerte es un espasmo o una cosmogonía, si hay vidas angelicales o un Minos juzgador o un puñado de tumbas bajo tierra, la niña tiene frío y punto,

un frío totalmente intempestivo por darse una fracción de segundo más tarde de que haya estado envuelta en un vórtice de llamas y cascotes infernales, la niña, evaporada en luz, dice que tiene frío, incluso sin existir tiene ese tiritar inverosímil.

El padre intenta palpar la mano de la hija, en sueños, años después de la explosión, el padre duerme con almohadas y pesadillas, "yo estaba de acuerdo con ellos y me la han matado" o algo así, un padre que echaba las cosas a cara o cruz, un poco como todos, a él le tocó imaginar que toda su familia se quedaba atrapada en una fecha lumínica, la explosión fue una fecha lumínica, su hija no dice nada mientras estalla yéndose, qué va a decir.
El señor que puso la bomba enciende un pitillo unas tres horas y veinticuatro minutos después del derrumbe del edificio, del cordón policial, de en busca y captura, de los fragmentos encontrados a medio kilómetro de la explosión, de la compañía aseguradora "oh dios mío es nuestra ruina". El cigarro le sienta bien, coño, ¿cómo puedo sentirme tan bien?, no hay consideraciones morales que le cercenen un trozo de rostro, no hay repiqueteo en la sien ni badajo en el estómago, coño, qué bien ha salido, murieron todos, los muertos son objetos, mejor: cartas, así tocaba en una grandiosa batalla donde un señor con corbata y tres décima de fiebre y la vecina de abajo que quería abandonar a su marido son la mota de polvo que obstaculiza milimétricamente el gran plan ejecutado por un señor que se estaba meando mientras ponía la mochila bomba. El señor que puso la bomba se acaba el cigarro, llamada telef ónica, badajo en el estómago, vómito en la garganta, fisiología pura que en tres días como mucho cuatro adiós y como nuevo.

Llega la policía, hay que coger al terrorista. Una redada y lo capturamos enseguida. Tendremos su cabeza. Pena capital. Cadena perpetua. Hacemos que nos equivocamos y le baleamos. Era un moro. Un nihilista. Eróstrato. Apliqué la ley. La regulación legal sostiene que podemos aplastar a ese ser infecto, que arteramente se ha abrogado un derecho divino (el ejecutar) o en su caso estatal. El terrorista ha matado y cumplirá la pena íntegramente, hay que atraparlo, la seguridad se rumia. Si el terrorista es capturado, se produce una distensión metafísica. Si el terrorista se suicida, pare-

ceria que algo va mal, la sensación sería de extrañamiento.
La Idea gravita sobre los muertos, un buitre prometeico que sostiene sacos marxistas o bondadosos, la Idea se pega a las paredes, inconfundible como la pintura, mucho humo que sale hacia el cielo, alguien aplastado tose, la idea se vuelve antropomorfa y transparente, aparta los cascotes con tranquilidad y grita: "¡Es esto!, ¡¡¡ES ESTO!!!".

Mucho tiempo después, el terrorista pasea, esperando a alguien. Se ha sacrificado a la justicia/Moloc, ha delatado a otros miembros de la organización, supo pescar rápido y antes de que se marchitaran sus oportunidades eligió el retiro, para no ser a su vez eliminado. El terrorista pasea, los brazos serenos, mira el cielo, sintiéndose justísimo. Hay personas que pasan por la vida sin asumir una identidad.

(Hipotético. El terrorista acaba siendo acorralado, las fuerzas de seguridad casi alcanzan el perfecto rigor, no han pasa-
do ni tres días, se sabe el sitio, se sabe su soledad. El terrorista, en una de las esquinas del piso, ensaya con su pistola,
hace disparos al azar, disparos invisibles, sin gatillo, disparos que sus vecinos no escuchan mientras desempolvan el
"era un chico normal: inimaginable", la normalidad, la carnicería, el terrorista normal juega con una pistola con la que
no va a disparar a la policía, la cual, con sus veinte puños cerrándose sobre sus armas, sube las escaleras, toc toc. "Toc
toc", dice el terrorista, en su rincón luminoso dirige la pistola hacia su sien, mientras la puerta se abre (así), los veinte
puños se distribuyen jerárquicamente, a un policía le toca la cocina, otro entra en el váter y es consciente de que se está
meando, los puños restantes van al rincó n y el terrorista se pega un tiro, un tiro que retrocede a un segundo antes la
comedia general).
Final. El señor presidente hace una mueca que le sale discurso, aplausos generales, reconocimiento en el funeral, las
víctimas se cruzan con los gusanos y hay un poco del cielo que hubo durante la explosión; en unas dos semanas, el
señor que puso la bomba se entregará en una comisaría de su pueblo, después de desayunar bien fuerte, el policía que
le ve entrar piensa que está en una comedia general, que el teatro es una propiedad de su mesa, de su silla más bien

incómoda y de la taza de café hecha pedazos porque se cae al ver entrar al señor que puso la bomba en la comisaría diciendo yo soy quien puso la bomba y lo hice por mis motivos motivos que ustedes no pueden comprender pero ustedes y yo defendemos lo mismo a nuestro modo y todos somos culpables y quienes murieron el otro día no tuvieron la culpa pero esto es una guerra no convencional y al fin y al cabo todos somos no sólo culpables sino que todos somos en el fondo terrori stas. El policía está todavía pensando que esto es una broma y el señor que puso la bomba se confiesa y acaba en la cárcel hasta el juicio; luego el retiro aludido. Pero eso es mucho después de las dos semanas de la explosión, y el señor presidente continúa su discurso, que llega hasta los confines del país, incluido el piso donde el terrorista o señor que puso la bomba , juega con la pistola y hace como que dispara al televisor, e imagina cómo el televisor salta en añicos, y se ríe infantil mientras el señor presidente continúa su discurso que está un poco manido porque ya es el quinto atentado y hasta los muertos bajo tierra sienten lobos al costado que rabian.